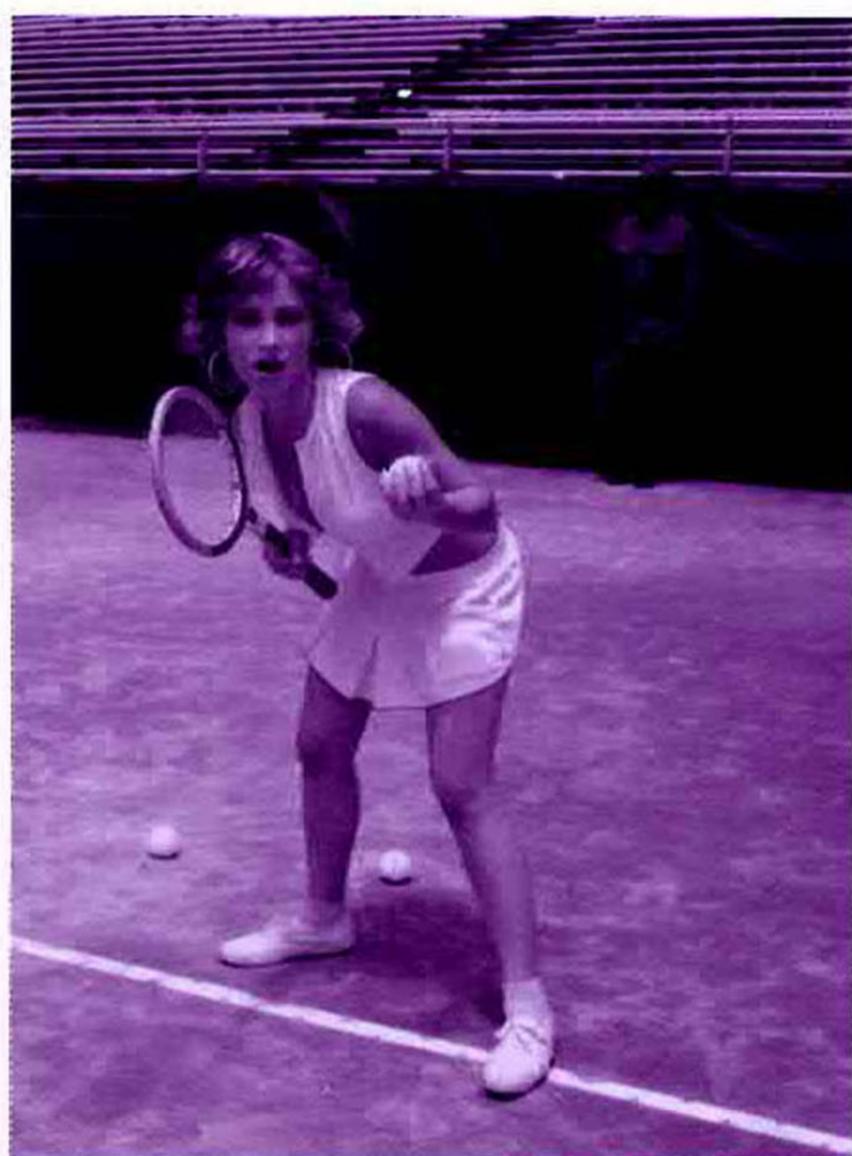


*colección*  
**PERIODISMO  
CULTURAL**

# *La polémica de los pájaros*

Guillermo Fadanelli



Guillermo Fadanelli nació en la ciudad de México. Es videoasta y escritor, fundador y director de la revista *Moho*. Es autor de las obras de narrativa *El día que la vea la voy a matar* (1992), *Para ella todo suena a Franck Pourcel* (1999), *Clarisa ya tiene un muerto* (2000) y *Lodo* (2002), Premio de Narrativa Colima. También ha publicado *Dios siempre se equivoca* (aforismos, 2004), *En busca de un lugar habitable* (ensayo, 2006) y *Plegarias de un inquilino* (ensayos, 2006). En la prestigiosa editorial Anagrama publicó *Compraré un rifle*, *Educar a los topos*, *La otra cara de Rock Hudson*, merecedora del Premio IMPAC 1998, y *Malacara*. Ha colaborado en diversos diarios y revistas de gran circulación.

Merecedor de la beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), correspondiente al año 2007, actualmente participa en varias actividades literarias reforzando así el diálogo artístico entre Alemania y México.



Sexo nintendo . . . . .	61
Muerte en Reforma . . . . .	63
A la memoria de Doris Day . . . . .	65
Hambre en París . . . . .	67
Háganme un lugar en su corazón . . . . .	69
Frivolidad . . . . .	71
¿Dónde estás, Séneca? . . . . .	73
El peor hijo de mi padre . . . . .	75
Cocaína . . . . .	80
Prohibir la literatura . . . . .	87
La estupidez . . . . .	90
Cordura en este mundo . . . . .	93
¿Y dónde están las vacas? . . . . .	96
La vida íntima de los cangrejos. . . . .	99
El nuevo Imperio bizantino . . . . .	102
La panza de los leones . . . . .	105
Quiero ser el mejor . . . . .	108
La enemistad como una de las bellas artes. . . . .	110
Perros inmorales . . . . .	113
La salud de nuestras mujeres . . . . .	116
Un muerto en el excusado . . . . .	118
Desperdiciar la vida . . . . .	120
Son otros tiempos . . . . .	123
La estrategia de los piojos . . . . .	125

## *Presentación*

**P**ara un escritor que, como en mi caso, considera que la ausencia de lectores propia de estos tiempos debería ser acompañada también por una disminución en el número de escritores, publicar un libro siempre le causará una íntima vergüenza. Me pregunto si no es suficiente que las buenas librerías tengan en sus estantes la obra de tantos autores que, con sus historias, han hecho más hospitalario este mundo absurdo. Sería bueno abstenernos de publicar, no añadir más ruido a la reinante confusión contemporánea, hacer de la discreción una casa amable donde pasar los últimos días. Sin embargo, un escritor es casi siempre un ser desesperado que intenta aliviar su ansiedad lanzando sus escritos por la ventana; creo que espera obtener a cambio un sosiego que nunca aparece, o una justificación mínima de su existencia. Un escritor de semblante contrario sería ese que se dedica a narrar historias provenientes de su imaginación, un trabajador como existen muchos otros, que obtiene placer o dinero a cambio de escribir relatos. No es tal mi caso porque no creo que narrar historias o escribir artículos se encuentre desligado de las obsesiones o de los miedos propios de un ser que ha sido lanzado al mundo sin haberlo solicitado.

He reunido en este libro un breve número de artículos que son la espina dorsal de lo escrito por mí durante la década de los noventa en el suplemento *Sábado* de un periódico desaparecido: *Uno más Uno*. Ahora bien, no es ésta la espina dorsal de un esqueleto bien formado, sino la de uno que va haciéndose en

el camino y que toma las direcciones más inesperadas. Desde el manifiesto moral hasta la confesión abierta, desde las batallas perdidas hasta el recuento de los odios y de las pasiones, eso se encuentra en este libro no planeado. No me importa revelar que carecí de una educación esmerada, que no asistí a escuelas importantes, ni hubo buenos libros en mis manos hasta pasado mi primer cuarto de siglo. A casi todo he llegado tarde, excepto a la angustia o al amor femenino, fuera de eso me ha tocado la banca más incómoda o las migajas de las últimas cenas. Esto se cumple ahora a cabalidad: cuando finalmente me siento a mis anchas escribiendo, el mundo del libro, la literatura, ha tomado el camino de la desaparición. Pero en aquel entonces no me consideraba un fatalista, escribía con el cinismo propio de quien cree que un gesto vale más que un argumento, o que nada tiene sentido si no provoca un deslave o un movimiento catastrófico. Por supuesto debí estar equivocado, como lo está cualquiera que no tiene temor a decir lo que piensa en una tierra de necios. Fue Huberto Batis quien me arrojó en esta época de absoluta vehemencia y a quien le debo no haberme quedado en la orilla antes de tiempo. Su temperamento abrupto y su pasión por la literatura se contagian como un virus revelador que empuja a los jóvenes a transgredir todas las reglas. Eso sí que es una mina de oro para cualquier escritor que comienza: estar cerca de un hombre que insiste en mantenerse siempre en pie de guerra.

Aquí está pues una muestra de lo escrito en aquella época nada lejana. Es una muestra modesta elegida desde el presente: más una informal visita al pasado que un recuento obsesivo de los hechos. Creo que puede leerse sin ningún orden preciso, como el que va por la calle y de pronto se detiene porque lo ha olvidado todo.

*Guillermo Fadanelli*

## *¿Dónde están los ornitorrincos?*

**E**n muchos casos el desorden puede tener sentido. Quiero decir que no deberíamos fiarnos de los argumentos aparentemente sólidos y ordenados pues tanta precisión es capaz de atrofiarnos la cabeza. Por supuesto que es más difícil escaparse de las frías estepas del orden que de la extensa nebulosa del caos. Como creo en mis palabras, al menos en este momento, tendré que obrar en consecuencia y discurrir acerca de cualquier tema. Una maldición es siempre un magnífico principio; maldecir es un ejercicio ontológico porque se alude al ser del maldecido, a su constitución trascendental: en cambio, qué poco significa ya decirle a alguien que es un hijo de la chingada. La desgracia viene cuando el objeto de tu odio es el hombre mismo, ¿qué hacer entonces? Maldecir sólo a una persona resulta tan poca cosa. En lo particular, si me permiten decirlo, yo no guardo ningún rencor hacia los hombres porque hacerlo sería perder mi tiempo y descuidar mis rencillas particulares. Mis enemigos no deben preocuparse: yo no me distraigo odiando a la humanidad. ¿Qué hacen los poetas para reproducirse? Ojalá otras especies en extinción, como los ornitorrincos, siguieran su avasallador ejemplo. ¿Por qué de pronto me he hecho esta pregunta? ¿Por qué razón después de pensar en la maldición pensé en la poesía? Me pregunto si en realidad los poetas me causan tanto malestar. No lo creo: he dicho antes que no odio a los Universales. Lo que ahora se me antoja es hacerle una recomendación a los escritores jóvenes: traten de escribir como si fueran viejos, escriban como si estuvieran

Una de las pruebas de que los suizos no tienen nada que hacer me la había dado Christian hace unos años, cuando me narró detalladamente los pormenores de la defensa militar helvética. "Somos capaces de movilizar a todos los suizos en menos de 24 horas." Y para darme una pequeña muestra de su poder me pidió esperarlo en la estancia mientras él se retiraba a su recámara unos minutos. Cuando volvió estaba vestido de militar y llevaba un arma en las manos. Perfectamente armados y organizados para defender el dinero de otros, los suizos poseen una estructura militar de relojería, un sistema que perfeccionan simulando ejercicios de guerra y manteniendo un severo y extenuante servicio militar. El suicidio de medio centenar de ciudadanos helvéticos, pertenecientes a una secta dirigida por un canadiense, Luc Jouret, nos hace retornar a los siglos XVI y XVII, una época en la que fueron comunes las cofradías herméticas y en la que se esperaba la llegada de un nuevo milenio. No hay que olvidar que Paracelso, pese a que es considerado alemán, nació en Suiza, y que la Rosacruz, una de las sectas de las que se dice fundador Luc Jouret, fue una de las cofradías más importantes del Iluminismo renacentista. De cualquier modo y aunque su pretexto es bastante sofisticado, yo creo que los suizos se han comenzado a suicidar porque nada los puede curar del aburrimiento.

## *¿Quién entiende de economía?*

**¿E**n qué consistirá la economía? Lo más probable es que se trate de una sofística a partir de la que cualquiera puede argumentar a su conveniencia. Y me parece lo más probable porque la manera en que una persona ahorra y gasta su dinero se encuentra íntimamente ligada a su cultura y, por lo tanto, a sus vicios y manías: en este caso cada quien tendría una ética diferenciada capaz de justificar su obrar económico: (Alfred Marshall definía la economía como el estudio de la humanidad en la conducta de su vida cotidiana). Weber escribió en su *Historia económica general* que de nada hubiera servido duplicarle su sueldo a un obrero en la Silesia del siglo XX con miras a estimular su rendimiento. Este obrero, afirmaba Weber, habría reducido su actividad a la mitad (casi todos conocen la historia de las canastas en el famoso cuento de B. Traven). Este ejemplo representa de forma sencilla el modo en que una moral o una tradición pueden oponerse a un supuesto universal económico: ejemplo romántico y excéntrico si se piensa en la obscena homogeneidad que representan las economías globales de fin de siglo (esas que hacen correr a los más pobres al ritmo de los más ricos). Lo mejor sería rebelarse, como lo planteó alguna vez John Kenneth Galbraith, contra los expertos económicos y sus tecnicismos oscuros, contra la idea de que la economía moderna es de una complejidad tal que sólo algunos pueden comprenderla. Si uno renuncia a comprender el comportamiento económico de su comunidad, entonces se

encontrará indefenso frente a las decisiones que los políticos tomen en su nombre.

Si los filósofos en lo general son malos escritores, los economistas los superan por amplio margen: no tienen la menor idea de cómo utilizar el lenguaje: los tecnicismos, el discurso críptico, la retórica abstracta, los rosarios estadísticos, son sus principales manías (“Adoran verse como grandes sacerdotes en posesión de un saber o de una mística inaccesible al común de los mortales”: Galbraith). Un ejemplo de esta presunción se puede encontrar en las palabras del economista austriaco Friedrich A. Hayek, que llegó a lamentarse de ser más conocido por su libro *Camino de servidumbre* que por sus trabajos estrictamente científicos. Dicho libro representaba la justificación moral de sus opiniones económicas; como había sido escrito con claridad, cualquier lector podía comprender las razones de su beligerante posición en favor del libre mercado. Al comprender sus tesis uno podía asentir o estar en desacuerdo con él: pecado absoluto para un economista académico que requiere de un modelo matemático para hacer valer sus certezas. Al respecto de este deseo de hacerse ciencia, Baudrillard escribió en su libro *El espejo de la producción*: “El deseo de ciencia nunca es otra cosa que la fascinación del desconocimiento”. Y Galbraith, en sus memorias: “En mis escritos sobre economía me ha ayudado mucho la convicción de que no hay en este dominio ninguna idea que no pueda ser expresada en lenguaje común y corriente”.

En lo personal, cada vez que me pongo a revisar la teoría de algún oscuro economista, me encuentro con que ésta podría haber sido planteada en términos más sencillos. No quiero decir propiamente que los economistas universitarios abandonen sus especulaciones complejas ni sus ejercicios matemáticos (nadie desea ensombrecer sus doctorados ni el orgullo que les ofrece el formar parte de una élite erudita), sino que se abstengan de secuestrar el asunto económico para llevarlo lejos de su comunidad. Incluso la mayoría de los escritores, tan dispuestos a escribir acerca de cualquier tema, prefieren mantenerse

alejados de la discusión económica, ¿qué será entonces de los ciudadanos normales que no comprenden las razones de estar cada vez más pobres cuando los encargados de llevar las riendas de la economía son tan optimistas? ¿Por qué si la mayoría de los hombres en esta sociedad pueden hablar de fútbol con cierta experiencia y claridad, no pueden hacerlo también de economía? Karl Popper escribió que todos somos filósofos aunque unos lo sean más que otros. En el caso de los economistas no tenemos tanta suerte: sólo ellos saben de economía. Doble paradoja: por una parte la época moderna nos ha convencido de que las decisiones trascendentales que puede tomar un hombre o una sociedad pasan necesariamente por lo económico, y por otra, nos han expulsado de dicho saber remitiéndolo a un espacio hermético en el que sólo tienen cabida los expertos. Y no sólo eso: las decisiones económicas que los expertos del gobierno mexicano habrán de tomar en el futuro, estarán ligadas al comportamiento de los mercados exteriores; es decir, no podremos aludir a nuestra particularidad ni oponernos en nombre de una tradición o una cultura a los imperativos económicos mundiales. Los esfuerzos morales que intentan hacer del mercado un espacio razonable ya no tienen lugar debido a que la lógica implacable de la llamada macroeconomía ha hecho perder la noción de economía cotidiana: “no importa que no comprendas, ni que cada día te vuelvas más pobre, las medidas económicas de nuestro gobierno son las correctas.” Absurdos semejantes son perfectamente posibles en espacios donde el saber económico ha sido secuestrado.

## *Larga vida a los mejores*

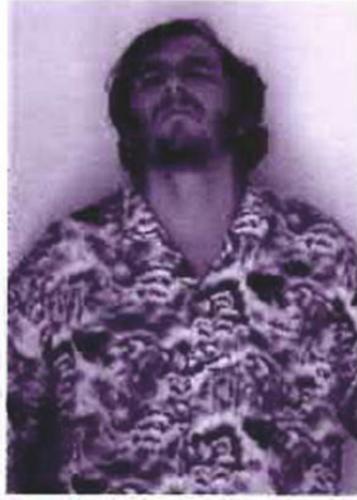
**¡Q**ué felices se sienten cuando reciben un premio! Y no tiene importancia que éste sea de tal o cual envergadura, de todos modos el premiado cree que se lo merece. La satisfacción de ver sus esfuerzos coronados nada menos que por ¡un premio! Dios los bendiga a todos y vuelva realidad los premios que su corazón anhela. ¿Quién será el beneficiado de esa larga y obscena hilera de participantes? ¿Cuál de todas esas obras será la que complazca el complejo criterio de los jueces? Los premios dan prestigio y los estúpidos nos respetan un poquito más. Y también dinero. ¿Cuántas veces he escuchado de la boca de un premiado ufanarse de sus diplomas? A él no le importa que aquel día los jueces sufrieran de almorranas y se decidieran por una obra que representara la intensidad de su dolor, tampoco le incomoda el hecho de que los jueces antes de inclinarse por su obra leyeran doscientas novelas en una semana, acaso ¿no resplandece el oro entre el excremento? El premio es el balido más alto del hermoso y disciplinado rebaño, es la señal para reconocer el camino. Porque el dinero se acaba y el prestigio crece con el tiempo: la sociedad señala así a sus mejores hombres y les ofrece la posibilidad de posar en la historia como pálidos modelos. ¿Quién entre los premiados no ha pensado que luego de la elección su trabajo ha valido la pena? Tantas horas gastadas frente al papel apenas con una comida corrida y un café en el estómago, tantas coces en el trasero por parte de editores infames, tanto tiempo llevando esos papeles en una carpeta gastada, tanto esfuerzo se vuelve

nada después de haber sido premiados. Y no crean que dejo de concederle valor a esas vigorosas distinciones, a esas vitaminas para caballos flacos, más bien pienso que tienen más valor del que normalmente les otorgamos. Díganme si no voy a valorar un acto que transforma a un escritor pusilánime y disminuido en un hombre vanidoso, pedante y seguro de sí mismo. ¿Qué terapia, libro de motivación o inteligente psicoanalista sería capaz de inflamar de semejante vehemencia a los desahuciados? Los premios no sólo tienen enorme valor sentimental sino también altruista: hay que ofrecerles premios a los pobres desgraciados que dedicaron su vida a una causa tan noble y espinosa. Ellos lo agradecerán inflando su ego como la papada de un sapo, enumerando las distinciones a la menor provocación, ¿cómo voy a dejar de apreciar esos gestos? ¿Acaso soy un amargado? Que Dios los bendiga a todos.

## *¿Literatura joven?*

**T**engo la sospecha de que la literatura no tiene una dirección precisa y que sus tendencias son contradictorias; que nociones como *literatura mexicana* son más parte de la sociología y la política de las letras que del mero hecho literario; algo similar a lo que afirmaba Theodor W. Adorno refiriéndose a la estética: “lo único evidente en la literatura es que nada es demasiado evidente”. También me siento un poco pesimista frente a la idea de lo nuevo. Yo me aburro igual leyendo a una vieja gloria que a un nuevo talento, tal vez porque no encuentro valor en lo nuevo y nunca sé exactamente qué me interesa de un escritor o de un libro. Por otro lado, lo *nuevo* y lo *joven* no van siempre de la mano, a veces los jóvenes no hacen nada nuevo, y los viejos, en cambio, logran añadir algo más o menos original a lo escrito hasta el momento. Los jóvenes le caen bien a la mercadotecnia, pues arrancan suspiros y hacen abrigar esperanzas; yo creo que la juventud conviene más a los deportistas —también a esos deportistas del arte llamados bailarines—, a las vacas o a los soldados; en literatura sigo pensando que la juventud no es un valor relevante. En cuanto a la idea de que la literatura evoluciona, tampoco estoy muy seguro, más bien creo que se expande, retrocede o se anula; al menos sé que no progresa. No somos mejores que los escritores del siglo pasado, ni peores; aunque tal vez digo esto porque no le tengo mucho respeto a los muertos y no creo que seamos enanos en hombros de gigantes; preferiría pensar, en ese caso, que todos somos enanos; aunque la democracia en la literatura no es tampoco una idea

muy inteligente. Haciendo una vaga síntesis encuentro tres clases de escritores: los que desean repetir o continuar lo que hicieron sus padres y sus maestros; los que desean romper con la tradición, sean vanguardistas o malditos, y quienes van a su paso sin prestar demasiada atención al pasado o al futuro. ¿Dónde me encuentro yo?, no lo sé, pero no me gustan los talleres literarios, esos hospitales de inseminación donde nos enseñan a guardar los cromosomas de las glorias nacionales; tampoco soy muy afecto a las lecturas de poesía donde el ritual permea de tal modo en el contenido literario que terminamos convertidos en santos. En fin, ambas actividades reclutan jóvenes escritores todos los días, guarderías, pues.



**H**e reunido en este libro un breve número de artículos que son la espina dorsal de lo escrito por mí durante la década de los noventa en el suplemento *Sábado* de un periódico desaparecido: *Uno más Uno*. Ahora bien, no es ésta la espina dorsal de un esqueleto bien formado, sino la de uno que va haciéndose en el camino y que toma las direcciones más inesperadas. Desde el manifiesto moral hasta la confesión abierta, desde las batallas perdidas hasta el recuento de los odios y de las pasiones, eso se encuentra en este libro no planeado. No me importa revelar que carecí de una educación esmerada, que no asistí a escuelas importantes, ni hubo buenos libros en mis manos hasta pasado mi primer cuarto de siglo. A casi todo he llegado tarde, excepto a la angustia o al amor femenino, fuera de eso me ha tocado la banca más incómoda o las migajas de las últimas cenas. Esto se cumple ahora a cabalidad: cuando finalmente me siento a mis anchas escribiendo, el mundo del libro y la literatura ha tomado el camino de la desaparición. Pero en aquel entonces no me consideraba yo un fatalista, escribía con el cinismo propio de quien cree que un gesto vale más que un argumento o que nada tiene sentido si no provoca un deslave o un movimiento catastrófico. Por supuesto debí estar equivocado, como lo está cualquiera que no tiene temor a escribir lo que piensa en una tierra de necios. Fue Huberto Batis quien me arrojó en esta época de absoluta vehemencia y a quien le debo no haberme quedado en la orilla antes de tiempo. Su temperamento abrupto y su pasión por la literatura se contagian como un virus revelador que empuja a los jóvenes a transgredir todas las reglas: eso sí que es una mina de oro para cualquier escritor que comienza, estar cerca de un hombre que insiste en mantenerse siempre en pie de guerra.